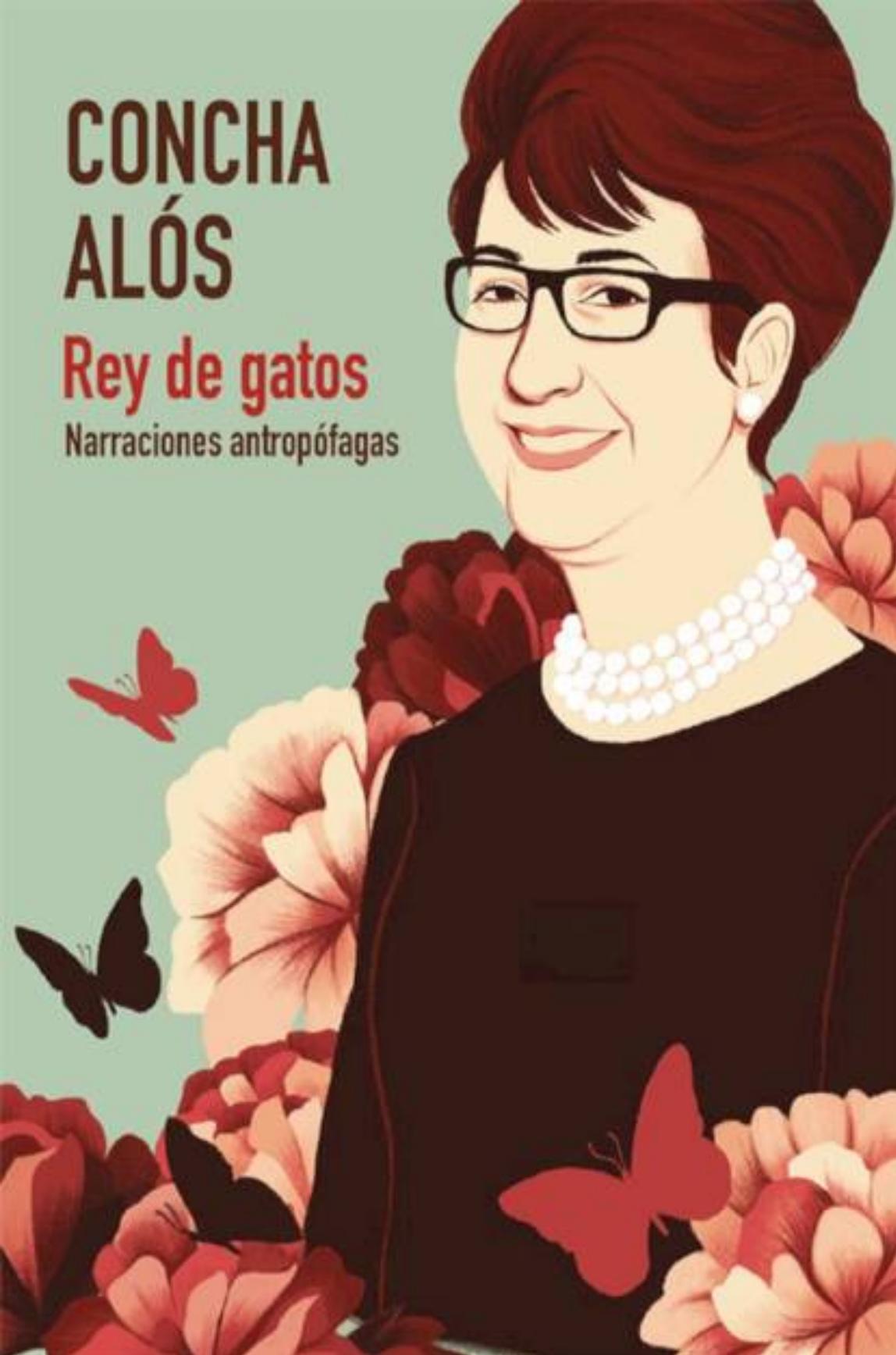


CONCHA ALÓS

Rey de gatos

Narraciones antropófagas



Este volumen de cuentos supuso un antes y un después en la narrativa de Concha Alós, se convirtió en un reto de superación estética para ella, deudor del proceso de renovación formal iniciado por Luis Martín-Santos en *Tiempo de silencio*, de la narrativa de Kafka, y también, porqué no, del emergente realismo mágico. Concha Alós podría haber sido miembro de pleno derecho de la denominada generación del medio siglo, acompañando a autoras como Carmen Laforet, Ana María Matute o Carmen Martín Gaité, pero tejió su camino al margen de generaciones, corrientes, de ilustres exiliados en una Barcelona cosmopolita que no era la suya. Marcó sus tiempos y eligió, sin influencia de modas ni cánones, cuando había llegado el momento de hacer hablar a sus protagonistas, de dar paso a la fantasía, eje central de *Rey de gatos*. En estos relatos, con una fuerte carga psicoanalítica y una prosa envolvente, casi psicodélica, conviven «fantasmas y diablos ocultos de la subconsciencia», y se proporciona una perspectiva nueva e inquietante de la realidad de la mujer, vista desde dentro, no desde fuera. Gracias a la experimentación, el mensaje se potencia. Se recrudece la crítica al patriarcado, el erotismo se multiplica, se contrasta el pasado con un futuro que no llega. Alós logra que dialoguen las dos personalidades presentes en sus protagonistas, la «bestia» y la sumisa. Deseaba que cada mujer pudiera ver más allá de su pequeña isla y decidir, por sí sola, si se aventuraba a salir de ella. El olvido de esta autora en el mundo editorial español es flagrante, más aún si tenemos en cuenta que autoras que en la actualidad gozan merecidamente del favor del público y la crítica como Mariana Enríquez o Angela Carter, se mueven en similares coordenadas estilísticas y temáticas que la propia Concha Alós, quien sufrió el desdén de la crítica y la

purga de la censura, pues se atrevió a dar voz a quienes por entonces estaban silenciados.

PRÓLOGO

«Es imposible imaginar una mujer de los tiempos modernos que, como principio básico de individualidad, no aspire a la libertad».

Clara Campoamor

Al recuperar la figura de autoras olvidadas, como Luisa Carnés, Elena Garro o Concha Alós, y reivindicar la calidad de sus obras, los editores y periodistas colocamos de manera involuntaria y errónea el foco sobre sus vidas. Se proporcionan detalles escabrosos, reales o no, sobre divorcios, amantes, penurias y glorias inexistentes a las que ninguna pudo acostumbrarse porque les fueron rápidamente arrebatadas. ¿Habría que idear una idéntica campaña de *marketing* si se encontrara un manuscrito en una vieja maleta, en un polvoriento desván de un funcionario de provincias, de un Pessoa, de un Kafka? No, nada de eso haría falta. No se hablaría de Vivian Maier como de una niñera ermitaña con «ciertas» dotes para la fotografía, ni de Hedy Lamarr como una actriz de películas de serie B con un «inexplicable don» para la tecnología.

Dejemos pues de lado el entierro de Concha Alós en Barcelona, en 2011, al que acudieron tan solo un puñado de amigos, ignorada por completo por el mundo literario, y ol-

videmos también el escándalo que supuso su divorcio para iniciar una vida con un tipógrafo once años menor. Sin duda, todo ello dejó huella en la obra de Alós, pero no la determinó.

Descubrir a Concha Alós fue para nosotros una revelación, no un regreso al pasado de una España provinciana y pacata, sino un viaje al futuro, a un mundo de mujeres intrépidas, de argumentos imposibles, de giros estilísticos hasta entonces desconocidos. Leer cada uno de los relatos de *Rey de gatos. Narraciones antropófagas* desencadenó una sucesión incontenible de preguntas: ¿Dónde has estado todo este tiempo, Concha? ¿Qué autora puede tildarse de innovadora después de conocerte? ¿Qué te quedó por hacer en literatura? ¿Hubo alguien en el siglo pasado en España que pudiera sumergirse de esa manera en la psique femenina?

Rey de gatos supuso, sin duda, un antes y un después en la narrativa de Concha Alós. Este volumen de cuentos se convirtió en un reto de superación estética para ella, deudor del proceso de renovación formal iniciado por Luis Martín-Santos en *Tiempo de silencio*, de la narrativa de Kafka, del pensamiento freudiano, y también, por qué no, del emergente realismo mágico latinoamericano. Pero, sobre todo, *Rey de gatos* fue un salvavidas en mitad del naufragio de su ruptura con el escritor Baltasar Porcel, esa relación pecaminosa a los ojos de Dios y de los hombres.

Concha Alós podría haber sido miembro de pleno derecho de la denominada generación del medio siglo, acompañando a autoras como Carmen Laforet, Ana María Matute o Carmen Martín Gaité, pero, una vez más, fue arrinconada, probablemente sin oposición alguna por su parte. Alós siempre se caracterizó, no solo al final de su vida, por una soledad elegida como forma de defensa y ataque frente a

un país que quería asfixiarla. Ella misma tejió su camino al margen de generaciones, de corrientes, de grupos de ilustres exiliados en una Barcelona cosmopolita que no era la suya. Ella marcó sus tiempos y eligió, sin influencia de modas ni cánones, cuándo había llegado el momento de hacer hablar a las mujeres protagonistas de *Rey de gatos*, cuándo cerrar una etapa pegada a la tierra de un país todavía en llamas.

Nacida en Valencia en 1926, su infancia transcurrida en su mayor parte en Castellón marcó su primera narrativa al buscar siempre retratar el dolor de los perdedores, el hambre y la pobreza. Con su segunda novela publicada, *Los enanos* (1962), obra, como muchas otras en su vida, profundamente censurada, comenzó su trayectoria dentro de una literatura realista y de marcado carácter social. Una pensión de la posguerra es el fiel retrato del microcosmos que rodeó a la autora en esa etapa inicial. En ese espacio claustrofóbico convive la España de la época, la prostituta (figura frecuente en su narrativa), la joven inocente y temeraria, y como testigo, una de las inquilinas, María, que por medio de su diario se convierte en fedatario de la descomposición de las vidas de todos ellos.

Los enanos fue galardonada con el premio Planeta, al que hubo de renunciar por haber firmado previamente con Plaza & Janés. En su lugar, fue premiada *Se enciende y se apaga una luz*, del tangerino Ángel Vázquez, autor de una de las mejores novelas del pasado siglo, *La vida perra de Juanita Narboni*. Pocos autores han recreado el mundo femenino como Concha Alós y Ángel Vázquez: la soledad, la presión de la moral, el artificio de la sociedad biempensante. El monólogo de Juanita Narboni, salpicado de jaquetía, podría haber sido entonado por alguna de las mujeres de Alós, por alguna de las protagonistas de *Rey de gatos*, que hubieran recreado un Tánger alucinado.

Alós creció en el bando de los vencidos y quiso, a través de sus libros, rendir homenaje a esa España silenciada. En 1966 publicó *El caballo rojo*, novela en la que plasmaría sus recuerdos de Lorca, localidad a la que se trasladaron sus padres huyendo de los bombardeos de Valencia. De nuevo la contienda fue eje central en una de sus obras, *La madama*, publicada en 1969, en la que ya se adivinaban sus ansias de experimentación y de alejamiento de la estética más realista.

Sin duda, la consagración de Concha Alós llegó en 1964 con la publicación de *Las hogueras*, esta vez sí galardonada con el premio Planeta. En esta novela se encuentran ya muchas de las señas de identidad de su narrativa futura y, sobre todo, coloca a la mujer como protagonista absoluta de la historia.

Un sofisticado matrimonio formado por una antigua modelo y un erudito llega a la isla de Mallorca, un lugar similar a la Ibiza que encontró Walter Benjamin a principios del siglo XX. Mallorca es un lugar agreste, primitivo, en el que el mundo campesino se resiste a la llegada de forasteros que traen consigo la perdición del continente. Junto a la modelo, Sibila, Alós crea a Asunción, una maestra que apenas idealiza ya su profesión y ha perdido toda esperanza de ser libre.

Una Mallorca inclemente se convierte en el escenario ideal para este brillante retrato del mundo femenino. Desde entonces, Alós, siempre apegada al simbolismo, toma la isla como metáfora de la soledad de la mujer en una cultura machista. El sexo también ocupa un lugar protagonista. Convierte a Sibila y a Asunción en dos seres «vivos», resucita la libido femenina. La pasión como objetivo irrenuncia-

ble, el sexo como derecho, alejado de la prostitución y de la violación, que fueron constantes en sus obras.

Mallorca había sido también para Alós una cárcel de la que pudo a su manera escapar. Tras casarse con el director del periódico *Baleares*, se trasladó a Palma, en donde se formó y ejerció como maestra. Su vida parecía entonces ya predestinada al ser miembro de pleno derecho de una burguesía isleña temerosa de Dios y del Movimiento. Pero allí conoció a Baltasar Porcel, un joven tipógrafo que ansiaba convertirse en escritor. Juntos emprendieron una nueva vida en Barcelona en 1959, una vida entregada a la literatura. Tenía treinta y tres años y todo un futuro por delante.

Con cada obra, Alós se comprometía más con la sociedad que la rodeaba: la opresión de la mujer siempre como telón de fondo, la prostitución, la homosexualidad, el aborto, el hambre, los amores furtivos, la perpetua mordaza, la locura diagnosticada a aquellas que se atrevían a ser diferentes. «Escribir de este modo no procede tratándose de una mujer», decían. No sabían, o no querían ver, que quien escribía era una mujer que no solo ahondaba en la mentalidad femenina, sino que ponía de manifiesto las carencias, las inseguridades del otro género. Es por ello que en *Rey de gatos* no hay lugar para los hombres, expulsados al menos de ese territorio literario, para poder liberar a sus personajes del patriarcado.

La evolución de Alós fue constante desde la publicación de *Los enanos*. En esta obra puede ya advertirse la importancia que para ella tenían los sueños, un estado que le permitía profundizar en la psicología de sus personajes. De los sueños pasó a la fantasía, eje central de los relatos de *Rey de gatos*. En palabras de la propia Alós, hasta la publicación de este volumen, en 1972, su obra «se hubiera podido

encasillar, quizá, en lo social-realista, un realismo testimonial, poético y desgarrado».

El género fantástico fue la perfecta herramienta para retratar el poliédrico mundo femenino. En los relatos conviven «fantasmas y diablos ocultos de la subconsciencia» y proporcionan una perspectiva nueva e inquietante de la realidad de la mujer, vista desde dentro, no desde fuera. Lynn K. Talbot acierta cuando señala que Concha Alós hace uso de la teoría sobre literatura fantástica de Tzvetan Todorov que habla de las funciones de lo fantástico y de los efectos que esta produce. El lector vacila ante la existencia de un acontecimiento que no puede explorar, pero esta vacilación hace que el lector se integre aún más con el personaje. Lo fantástico arrasa con el realismo, con lo inamovible, hace tambalear el reino masculino.

Como en el resto de la obra de Alós, hay una omnipresencia del simbolismo, de la revisión de mitos clásicos. A lo largo de los relatos se recorre el subconsciente femenino, componiendo una galería de mujeres sufrientes a las que el sexo, lejos de liberar, esclaviza, como sucede en «La coraza». El relato «Mariposas» sería todavía hoy considerado un valiente testimonio sobre la maternidad al cuestionar la aparente felicidad que debe producir tener un hijo. La muerte también sobrevuela *Rey de gatos* en relatos como «Paraíso», «Cosmo» o «Los pavos reales», único cuento con protagonista masculino.

Los temas abordados en *Rey de gatos* son directos deudores de *Los enanos* y recuerdan a la opresión sufrida por las protagonistas de *Las hogueras*. Pero gracias a la fantasía, el mensaje se potencia. Se recrudescen la crítica al patriarcado, el erotismo se multiplica, se contrasta el pasado con un futuro que no llega, se cuestiona la realidad. Alós se pregunta si no será en la alucinación donde la mujer encuentre

mayor libertad. Hay lugar para la resistencia. La mujer se convierte en una mantis religiosa que devora al que dice llamarse compañero.

En estos relatos, con una fuerte carga psicoanalítica y una prosa envolvente, casi psicodélica, Alós logra que dialoguen las dos personalidades presentes en sus protagonistas, la «bestia» y la sumisa. La fantasía permite realizar múltiples lecturas, porque para Alós no había una verdad única. Tan solo deseaba que cada mujer pudiera ver más allá de su pequeña isla y decidir, por sí sola, si se aventuraba a salir de ella.

LA OTRA BESTIA

Es extraña. Resulta imprevisible. Nadie sabe cómo puede imponerse, mandarme. Anoche me hizo vestir de negro, toda de negro: el traje largo, topacios en las orejas, dedos, escote. Maquillaje pastel, tonos rosa, imitando la naturaleza, como si me dirigiera a la cita de un amante nuevo y calibrador. El rostro me quedaba intenso, la mirada brillante. Fiebre y misterio, que dicen las novelas baratas. Así, perfumada hasta casi agotar el frasco de *Je reviens*–Worth, y no sé si podré adquirir otro. Así, furiosa, mordiendo: «Pero para qué tanto disfraz, para qué, si lo que querría es meterme un saco por la cabeza, una soga, tirarme al río», me hizo tomar un taxi. La dirección estaba en el papel arrugado del anónimo: «¿Ya sabe adónde va su idolatrado *gigolotto*? ¿Por qué no acude un día cualquiera...?». Y la dirección. La voz se me disparó en un gallo cuando se la repetí al taxista. Y las calles pasaban, iban huyendo, quedaban atrás. Relámpagos de puertas y ventanas, escaparates, y las gemas prohibitivas, autoritarias, de los semáforos: «Pare», «pase»... Sentada sobre el cuero del vehículo. El trepidar, las vueltas, con aquellas rabiosas ganas de llorar. Doblarme, aguantando el estómago, derretirme en llanto de una vez, sin el más remoto deseo de encontrarlo *in fraganti*, deseando con toda mi alma seguir creyendo en él, igual que cuando me cobijaba dentro de su abrigo: «Bichito, es asombroso lo que te quiero. Eres como mil animalitos todos juntos. Como una selva de latidos para mí solo». Y ella, la Bestia: «¿Llorar? Ni se te ocurra. Nada de repetir los aburridos

cuentos de la lágrima. Nadie ama lo miserable». Y yo pensando argumentos idiotas para rebatir sus palabras. Santa Rosa de Lima y santa Isabel de Hungría, curando sarnosos. Historias que nos contaban las monjas, vidas heroicas inmoladas a lo despreciable. Pero ella que no, soltando el sobadísimo rollo de las valquirias, de las amazonas, la doncella de Orleans... Como si a mí me importaran un pito esas marimachos. Yo que me arrodillaría a los pies de Nico para suplicarle que me amara, para repetirle cómo me estaba matando. Así, moqueando, desesperada. «Mira lo que has sacado hasta la fecha con tu actitud. El negocio lo tienes bien a pique. Y un día te van a encontrar seca, deshidratada, lista para el otro barrio. Ponte en tu sitio, imbécil, recobra tu dignidad. Mantente soberbia, aguanta el tipo aunque por dentro te deshagas. Cuando una mujer ha perdido su amor propio lo ha perdido todo». Soberbia. Dios, ¿cómo se puede ser soberbia cuando se ha bajado veinte veces a los infiernos? Cuando se siente una basura despreciada, sucia, inservible. Tan vieja.

Lo hice. No podía rebelarme. Ella siempre elige mis días bajos, mi depresión, mi miedo. Clava las uñas aprovechando. Hiere, anula. El taxi paró en una de las zonas extremas de la ciudad, un barrio residencial que yo no había visto nunca. Casas con jardín, alambradas de tenis, piscinas... El noventa y tres pertenecía a una casa con valla de madera, madera de calidad, encerada. El taxista preguntó: «¿He de esperar?». Yo: «No. ¿Qué le debo?». Y las manos sin encontrar el portamonedas. Hasta que arrancó con su faro verde y el cartelito de libre. Al llegar a la esquina dobló, cambiando a segunda, dejándome con el terror, con aquel incontenible impulso de lanzarme detrás, de gritarle que me había equivocado, que me llevara a mi casa nuevamente. Pero ella no me lo permitió. Yo diría que me agarraba por las muñecas, que me tapaba la boca. No sé. Y todo quedó en silencio, un silencio que gravitaba como una lona grandísima, igual que si la vida humana se hubiera ahogado, tapa-

da por ella. Luego se oyó un agudo «uuuii uuui», creo que de mochuelo, y los demás ruidos volvieron a funcionar, mientras yo contemplaba el astro allá arriba, solitario, quieto, muerto, delgado como una cuerda de barco, y ella, la Bestia, permanecía a mi lado, tan tangible y concreta como si no fuera parte de mí misma y se hubiera desdoblado para colocarse enfrente, poderosa y despótica: «No abras la verja. Rechina. Ven por aquí». Y salté. Soy ágil. Por algo pierdo tres tardes a la semana en el gimnasio. Me doblo sin sentir y las palmas quedan planas en el suelo, hago la mosca mejor que ninguna. Nadine me pone como ejemplo: «A ver, Lila. Hágalo usted». Y yo, luciéndome, con las mallas negras ajustadas, sabiendo que el grupo de mironas envidian mi estómago plano, mis muslos, la línea de la cadera.

Exactamente debajo de la verja está la pita. Grande y decorativa, de bordes amarillos. Me pincha, siento el arañazo en el tobillo, me duele, puede que esté sangrando. ¡Vaya! Y se me enganchó el vestido, la gasa queda rasgada cerca del dobladillo. Me acongojo: tan precioso el modelo de Nadala Papillón que ahora se puso tan carera y con papá enemistado por culpa de mi boda con Nico: «Tú lo has querido, hijita. Ya tienes el marido guapo y amadísimo, pero debes comprender que tu padre no va a ser el eterno pagano. Rechazaste tu carrera, no aceptaste a Sorribas. Hágase tu capricho, pero atente a las consecuencias, ni hablar de que mamá y yo asistamos a la ceremonia. Ese sujeto ya sabes que no me gusta. Es un raro. Y no veréis un real hasta que me muera. Eso, si no puedo impedirlo. De momento la legítima pelada. Y... Dios me dé años». Pero la Bestia ni tuvo tiempo de regañarme por mi frivolidad. El Gordini ha parado enfrente mismo de la casa. Apenas me da tiempo a agacharme escondida en la sombra. El único farol de la calle pega de través a las moreras que están empezando a brotar, a un álamo, pero a la izquierda existe un cobertizo que puede servir de escondite. Al agazaparme observo que está lleno de begonias y otras plantas, tiestos. Gime la ba-

rrera. Nico cruza a dos pasos de mí. Sube por la escalera descubierta y pienso: «Ahora llamará, abrirá uno de sus socios. Dirá: "Hola, Nicolás, te estamos esperando. Ha llegado ya fulano, de la empresa ABISSA... Pasa". Y entonces podré echarle en cara a la Bestia lo excesiva que resulta, lo suspicaz e inaguantable. Que no quiero escuchar ni una palabra más de su sucia boca, que somos entre las dos una hidra. Dos cabezas. Y cada una de ellas quiere una cosa: es que ansío estar sola, sin ella. Miro a mi marido subir los escalones con la cabeza erguida y encima los hermosos rizos negros, murmurándome "Amor" a mí misma, como si se lo dijera a él». «Lo más odioso, lo más mezquino es ser celosa. Una mujer no debe tener celos. Se rebaja. Se revela falta de seguridad en sí misma. Cualquiera, si quiere triunfar, debe creer en su persona... Es algo que leí no sé dónde, en un *Reader's Digest* seguramente, o, a lo mejor, se lo he oído a mamá».

La Bestia calla, inmóvil. Y me llega, increíble, su fuerza, como un fluido a punto de estallar, igual que si tuviera al lado una pantera enorme, agachada, dispuesta a un salto infalible y asesino. Al tiempo que tiemblo de miedo, pienso que ella no ama a Nico, que lo odia, que preferiría verlo extendido en medio de una carretera, cubierto de sangre, a sentirse abandonada, a soportar sus fugas hacia una evasión más entretenida, a adivinarlo feliz con otra mujer, divertido con algo que no sea yo y la Bestia, la Bestia y yo.

El timbre de la puerta es una caja de música. Unos compases de vals. Y al mirar la figura de Nico en el quicio, allí de pie, siento unos enormes deseos de gritar. Porque a mí me gusta gritar. Cuando grito, cuando suelto uno de esos alaridos míos, me siento descargada, liberada de todos los diablos que me torturan. Escapan y me dejan libre. También río a carcajadas sin motivo y algunas veces no puedo pararme. Una tarde me dio un ataque de risa que me duró no sé cuánto. Los niños se asustaron tanto que lloraban, pedían auxilio. Acudieron los vecinos y yo, al oírlos, me ca-

llé. No pude explicar nada, pero quedé totalmente serena. Otra noche, Nico no estaba, destruí una almohada a mordiscos. Cuando llegó —muy tarde— me encontró dormida, nevada de plumas. Yo y la habitación cubiertas de tantas y tantas plumas que tiene una almohada, que parece mentira. Pero no grito, no. Me contengo y contemplo allá abajo, nerviosas y múltiples, todas las luces de la ciudad: «Son como estrellas, como constelaciones, las calles iluminadas. ¡Qué belleza! De día la panorámica debe ser preciosa» monologo como si cumpliera con un deber, como me enseñaron mamá y la *miss* que hay que hacer con las visitas. Incitar la conversación, hablar aunque no se tengan ganas. ¿O se lo digo a ella con el oculto deseo de distraerla, de impedir la magia, como si todo lo que va a ocurrir dentro de unos instantes pudiera ser obra de sus artes, de una voluntad poderosa emanada desde su actitud de fiera en reposo, de amansarla, como si mi oscuro presentimiento de que iba a tomarse la revancha pudiera resultar cierto? «Ahora saldrá Llavaneras, el socio...» creo que pronuncié también.

Pero no hubo socio. La puerta se abrió y vi a la mujer. Bueno... un perfil, algo anguloso y alto, vestido con transparencias, con una voz fina, un falsete mascaril. Oí su voz. Y la de mi marido. La de Nico, al tiempo que notaba cómo la aorta se me abría por en medio con un tajo que me iba produciendo su tono, tan íntimo, tan parecido al que me regalaba tiempos atrás a mí. Aún lo veo en el pasado: mi novio, Nicolás, mi adolescente Nico con su cabeza de Andrea del Sarto pensativa, rizada. Cruza por la acera de enfrente, mira hacia mi ventana. Yo acabo de encender un cigarrillo. Aguardo. No hay prisa. Ahora bajaré. Me asomaré al balcón de la calleja. Llamaré: «¡Nico!». Y él vendrá. Me mirará de esa forma especial, entre tímido y codicioso. Más tarde nos besaremos. Tanto da que papá repita: «¿Y este tipo de dónde sale? ¿Quién es su familia? ¿No te das cuenta de que es un don nadie, desgraciada?». Papá, pobre, que cante misa.